



VIAJE AL IRÁN DE LA REFORMA

JÓVENES Y AYATOLÁS,
FRENTE A FRENTE

ARTE

MI CUADRO FAVORITO

CINCO ARTISTAS ELIGEN LA
PINTURA QUE MÁS LES INSPIRA

EL NEGOCIO DEL PORNO

ASÍ SON LAS ESTRELLAS ESPAÑOLAS DE UNA
INDUSTRIA QUE MUEVE MILES DE MILLONES

De izquierda a derecha, Sophie Evans,
Claudia Clair, Renata Wife y Celia Blanco.

Viaje al Irán que despierta

Tras más de veinte años de régimen islamista, Irán se despereza, pero a cámara lenta. Las reformas del presidente Jatamí topan con el boicoteo implacable del ayatolá Jamenei. En medio, los jóvenes protagonizan una revolución de la vida cotidiana. Así se vive hoy en Teherán. Por **Javier Valenzuela**. Fotografía de **Abbas**.

Teherán. Hasta la noche del cuarto día de mi estancia en Teherán no le vi el pelo a una mujer. No es que no hubiera mujeres en la capital de la República Islámica de Irán; las había, y con un gran activismo en la vida laboral, política y artística. La revolución jomeinista, y ésta es una de sus múltiples paradojas, ha concedido a la iraní un protagonismo inusitado en un país musulmán; en esto Irán está a años luz de la misoginia de sus vecinos de Arabia Saudí, por no hablar de los talibanes afganos. Así que cuando digo que hasta

ese día no le había visto el pelo a una mujer es en el sentido más literal de la expresión. Todas las que me encontraba tenían cubierto el cabello, y además el resto del cuerpo, hasta las muñecas y los tobillos. Unas, las de clases más humildes o las más conservadoras, con ese luctuoso manto llamado chador que tanto le gustaba al imán Jomeini; otras, las de clases altas o las jóvenes inconformistas, con pañuelos más o menos alegres y gabardinas o guardapolvos de color gris o mostaza.

Pero en la noche de ese cuarto día

acudí a una de esas fiestas privadas de Teherán de las que tanto me habían hablado. La organizaba el representante de una empresa francesa, en su villa de los barrios septentrionales de la ciudad, tradicionalmente los más ricos. El lema de la convocatoria no podía ser más sugerente: "Le beaujolais nouveau est arrivé". ¿Existía el riesgo de que la policía islámica, el llamado Comité, hiciera una redada en aquella degustación privada del joven vino gaba-cho? Sí, me explicaron, pero la cosa se arreglaría de inmediato con una propina >



BLANCO Y NEGRO.
Un clérigo y una joven
se dan la espalda en un
receso en la apertura
del Parlamento iraní.

➤ a los agentes. En el comienzo de la tercera década de vida del régimen jomeinista, casi todo puede comprarse en Irán: un joven se libra del servicio militar obligatorio por unos 2.500 dólares, y por cantidades que oscilan según las circunstancias se evitan multas o detenciones policiales, e incluso se consigue inclinar en provecho propio a los tribunales, que aquí son siempre de clérigos y basados en la *charia* o ley tradicional islámica.

El caso es que el anfitrión de la fiesta me hizo probar el *beaujolaís* que él mismo había fermentado en su villa, con uvas iraníes; no estaba tan malo y no me produjo resaca al día siguiente. Pero, además, la fiesta contaba con un amplio surtido de alcoholes occidentales de marca, sobre los que se abalanzaba la mayoría de los 60 invitados, una mezcla de europeos residentes en la ciudad y empresarios, profesionales y artistas iraníes. Y sí, allí, en el interior de una espléndida mansión con alfombras de lana y seda, miniaturas persas y muebles de anticuario, las damas, aunque habían acudido con pañuelos y gabar-

“El proceso de reforma es lento y da saltos adelante y atrás”, admite la vicepresidenta de Irán

dinas, iban con el cabello descubierto y vestían prendas tan sugerentes como cada una de ellas deseaba.

Hablé con Shalalá, una profesora de universidad de unos cincuenta años de edad que lucía un traje sastrero y ajustado y que hablaba un francés y un inglés impecables. Para mi sorpresa, Shalalá resultó ser la nieta de un prominente y ya fallecido ayatolá de Qom, la ciudad de las escuelas teológicas del islam shíi de Irán, y no veía la menor contradicción entre sus orígenes familiares y el hecho de estar allí, trasegando vino y picoteando embutidos de cerdo importados clandestinamente desde Francia e Italia. “Esto”, me dijo con guasa, “es el diálogo de civilizaciones del que habla Jatamí”. Luego, más seriamente, me contó que ella y el resto de su familia eran de los que sostenían el reformismo del presidente Mohamed Jatamí, de los que creían que la tolerancia, la igualdad de las mujeres, la democracia y las buenas relaciones con Occidente son posibles en un régimen islámico.

Hay países particularmente propensos a la belleza femenina, como España, Francia, Italia, Venezuela, Cuba o Líbano; pues bien, Irán es uno de ellos. Shalalá tenía una

magnífica melena negra y un precioso rostro ovalado, de ojos almendrados y labios carnosos. Pero sobre todo era, como tantas iraníes, culta e inteligente. “Irán”, me dijo, “no puede prescindir del islam; sus principales señas de identidad son la más de dos veces milenaria tradición persa y el heterodoxo islam shíi. Así que llegaremos a la modernidad a través de nuestro propio camino, a través de esa reforma del islam que ya exploran, en el ámbito teológico, algunos ayatolás de Qom, y en el político, el Gobierno de Jatamí y la mayoría reformista del Majlis o Parlamento”.

Estuve en Teherán dos semanas –la última del Ramadán del año 1422 de la hégira y la primera tras el final de ese mes de ayuno– que coincidían con las vísperas de las fiestas occidentales de Navidad y Año Nuevo 2001-2002. No era la primera vez que pisaba este poblachón enorme y feo, de apenas un siglo de antigüedad y sin ningún atractivo turístico. En los años ochenta, en plena fiebre de la revolución jomeinista y de la guerra contra el Irak de Sadam Husein, yo solía viajar mucho a Irán. ¿Encontré cambios entre esos más de

diez años? Sí, los iraníes respiran ahora más libremente. Vi mucho menos rigorismo en el asunto del *hiyab* o velo islámico –las mujeres pueden mostrar el flequillo, coquetear con el velo y llevarlo de colores o estampado–, estuve en casas particulares viendo cadenas de televisión norteamericanas gracias a las parabólicas, y recibí y envié mensajes electrónicos desde un cibercafé de la calle Vali-e-Asr; en el que se sentaban jóvenes que *chateaban*, buscaban documentación universitaria, leían páginas informativas de medios occidentales o de la oposición iraní en el extranjero y hasta husmeaban en sitios pornográficos, y eso que el proveedor de acceso a Internet es el Gobierno, y la censura, muy fuerte. También asistí a fiestas privadas con alcohol y baile en las que la policía jamás metió las narices, leí periódicos en los que se publicaban críticas a los reformistas o los conservadores y conversé con decenas de hombres y mujeres que expresaban sin tapujos sus ideas.

ción de la mujer es mucho mejor que en bastantes de los otros países musulmanes. Pero también lo es que esta primavera de Teherán se está marchitando. En mis dos semanas iraníes fueron cerradas varias publicaciones, fueron condenados a la cárcel una docena de periodistas y tres parlamentarios reformistas, los esbirros del Comité apretaron las tuercas a las parabólicas y los cibercafé, y se celebraron asambleas universitarias para pedirle a Jatamí firmeza frente a los conservadores o la dimisión. En este arrancar del tercer milenio, a Teherán puede aplicársele lo que Martin Amis escribió sobre el Pekín anterior a la revuelta de Tiananmen: “Se nota una vida oculta llena de impaciencia y frustración, una resentida exclusión del mundo de la libertad y la recompensa”.

“Estoy de acuerdo en que el proceso de reformas es lento y da saltos hacia adelante y hacia atrás”, me reconoció la mismísima Masumeh Ebtekar, vicepresidenta de la República Islámica de Irán, la mano derecha de Jatamí.

Apoiado en una irresistible marea de sufragios populares, Jatamí –un clérigo de rango medio, turbante negro, rostro simpático e ideas razonables– alcanzó la presidencia de la República Islámica de Irán en las elecciones de 1997. “Sedientos de libertad, pero no deseando nuevas revoluciones ni guerras civiles, más del 70% de los votantes apostó por el cambio paulatino dentro del sistema prometido por Jatamí”, señala el politólogo Reza Alaví. Y lo volvieron a hacer, dando el triunfo a los reformistas en las legislativas de 2000 y reelegiendo al propio Jatamí el pasado verano. ¿Fue todo en vano? Ésa es la gran pregunta que se formulaba en voz alta en Teherán en el tránsito a 2002. Los analistas, nacionales y extranjeros, discutían sobre si puede o no darse por muerto el proceso aperturista, y corrían incluso rumores sobre que Jatamí había presentado la dimisión y no le había sido aceptada por el ayatolá Ali Jamenei, heredero religioso de Jomeini y guía supremo de la República Islámica de Irán.

Jamenei es el caudillo de los *mulás* y ayatolás conservadores, que controlan la policía, el ejército, la televisión pública, parte de la prensa y, lo más importante, el poder judicial y un órgano religioso con derecho a veto llamado Consejo de Guardianes. Desde los tribunales islámicos y el Consejo de Guardianes, los “tradicionalistas”, como también les llamó la vicepresidenta Ebtekar, no paran de poner zancadillas a las decisiones del Ejecutivo de Jatamí y a las leyes aprobadas por el Parlamento reformista. Además de procesar a periodistas y diputados, bloquean las leyes destinadas a ampliar los derechos de las

Es cierto que la primavera de Teherán existe; que los espacios de libertad son aquí notablemente superiores a los de Bagdad, Damasco y Riad, y que la condi-

mujeres, privatizar empresas públicas, reducir subsidios a productos de consumo, conceder facilidades a la inversión extranjera y garantizar la libertad de expresión. Este búnker es también el que impide que Irán aproveche su rotunda condena de los atentados del 11 de septiembre y su odio a los talibanes afganos para avanzar en la reconciliación con Estados Unidos.

La política es el gran tema de las conversaciones en Teherán, y más si hay un extranjero de por medio. A los jóvenes, que constituyen casi dos tercios de esta ciudad de más de diez millones de habitantes y que votaron masivamente por Jatamí, les encanta tanto como la música occidental y el fútbol. Kamelia Rostani, una estudiante de medicina que llevaba el *hi-yab* a la altura de la coronilla, me hizo un día en el Vanak Shopping Center una reflexión de gran finura: “Esto puede seguir así, un día despejado y otro nublado, varios años más. Los conservadores no pueden cargarse por completo a los reformistas, los reformistas no pueden imponerse a los conservadores; no hay alternativa fuera del régimen islámico, y al extranjero no le interesa que Irán caiga en el caos con lo que ya está pasando en Afganistán y puede pasar en Irak”.

Aquel día era de los despejados climatológica —el cielo tenía el color de las célebres turquesas de Irán y la nieve refulgía en la cercana sierra de Albors— y también políticamente. En uno de los corredores del Vanak Shopping Center, el retrato del ayatolá Jamenei, con turbante negro y lengua barba blanca, miraba ceñudo —todo un Big Brother de papel— cómo unos muchachos fumaban despreocupadamente, pese a que todavía era Ramadán y estaba prohibido hacerlo mientras no se extinguiera la luz del sol. Los muchachos, dependientes de las tiendas, me contaron que tenían montado un buen sistema de alarma por si los del Comité, los policías de las leyes islámicas, se dejaban caer por el centro comercial.

Ese fumar en público pese al Ramadán era uno de los muchos pequeños gestos de osadía libertaria que yo registraba en Teherán, y que hubieran resultado suicidas en los años ochenta. Otros eran las parejas de novios cogidas tímidamente de la mano en el parque Laleh, los coches intentando abrirse camino con música rock en la permanente congestión de tráfico de la ciudad o la bien cortada melena y muy moderna perilla del joven pintor Yunes en la aper-

tura de la galería Silk Road, con una exposición de bellísimas fotos de motivos de la naturaleza tomadas por el cineasta Abbas Kiarostami. “Las ganas de vivir estallan por los cuatro costados”, dijo Yunes, y citó el ejemplo que todo el mundo tenía en los labios: semanas atrás, en los últimos partidos clasificatorios para el próximo mundial de fútbol, los triunfos o derrotas de la selección nacional habían desembocado en manifestaciones callejeras juveniles. “Tendrías que haber visto cómo se ponía la avenida Jordan, con miles de chicos y chicas, a pie o en automóvil, cantando de alegría por las victorias o denostando a los *mulás* por las derrotas”. “Ellas”, añadió Yunes, “se quitaban los velos y los hacían ondear como banderas de libertad”.

Abatida finalmente por la irlandesa, la selección iraní no irá al mundial, y en Teherán no pocos piensan que la culpa la tienen los clérigos conservadores, que, según una teoría conspirativa muy extendida, or-



DERECHOS. Las iraníes disfrutan de muchas más libertades públicas que sus congéneres afganas. Arriba, la actriz Hayde Tehrani.

denaron a los jugadores que perdieran. “No querían”, según Yunes, “que el mundial continuara sirviendo de pretexto a explosiones juveniles callejeras”. Y es que con el fútbol ocurre aquí lo contrario que en la España franquista: los progresistas lo adoran y los reaccionarios lo odian.

En el último viernes de Ramadán, los dos polos de la sociedad iraní se cruzaron de forma muy gráfica, y pacífica, en el parque Laleh, iluminado ese día por un sol pálido y con los cuervos graznando en unos árboles desnudos de hojas. Por una parte, hombres barbudos y mujeres cubiertas con el chador tradicional lo atravesaban en busca de los autobuses oficiales que les habían llevado al centro de la ciudad desde los suburbios meridionales. Eran los teheraníes más pobres y más religiosos, uno de los pilares de los conser-

vadores, y regresaban de la manifestación de solidaridad con Palestina y la posterior plegaria del viernes en la Universidad de Teherán, en la que el *hoyatoleslam* Rafsanyani había augurado “una guerra nuclear en Oriente Próximo” si Israel sigue con las mismas. En su camino hacia los autobuses, estos contingentes de puros jomeinistas se cruzaban con numerosos grupos de niños, adolescentes y jóvenes que jugaban al fútbol con pelotas de plástico. Los chicos no habían parado de jugar ni un segundo, pese a que un potente servicio de megafonía había retransmitido el discurso de Rafsanyani en el parque. “¿Para qué? Ya nos conocemos el rollo, siempre es lo mismo: ‘¡Abajo América, abajo Israel!’”, dijo uno que recitó de carrerilla los nombres de las estrellas del Real Madrid: Raúl, Figo, Zidane. “El fútbol”, me diría al día siguiente un diplomático europeo, “se ha convertido aquí en la metáfora de la disidencia”. Teherán

es una ciudad mucho más limpia y menos ruidosa que El Cairo, la otra gran metrópoli musulmana. Cuando se lo comentas a sus habitantes, la respuesta es automática: ellos son persas, no árabes. “Los iraníes somos arios, no semitas; somos herederos de una de las más viejas civilizaciones del planeta; hablamos farsi y no árabe; ni tan siquiera nuestro islam es el de la mayoría de los árabes; nosotros somos shiís, ellos son suníes”, me recordó Azadegh, vicepresidente de una agencia de turismo. Le pedí a Azadegh que me contara una historia iraní y me contó la de Arash el Arquero, un personaje del escritor Ferdusi que murió al disparar con todas sus fuerzas una flecha para ampliar las fronteras de Irán. Le pedí que me recomendara un solo sitio de Irán y me respondió que su favorito es Shiraz, la ciudad de las rosas que ya habitaban los persas de la antigüedad, la ciudad natal y la tumba del poeta místico Hafez.

Desde los nostálgicos del Shah hasta los conservadores de Jamenei, pasando por los reformistas de Jatamí, el nacionalismo persa, el orgullo por una vieja y profunda especificidad cultural, es ampliamente compartido por los iraníes. Pueden desear o no una aceleración del deshielo con Estados Unidos, pero todos aseguran que no quieren perder sus señas de identidad. Cuando entrevisté a la vicepresidenta Ebtekar, que llevaba un chador que le hacía parecer una monja católica, me reconocí que las generaciones jóvenes tenían muchas “aspiraciones insatisfechas” >



AL RALENTI.
Pese a sus posibilidades económicas (en la imagen, una familia en moto), Irán no acaba de saltar al Primer Mundo.



MORDAZA LEGAL.
Universitarios de Teherán muestran informaciones censuradas por el régimen iraní.



LÍDER CARISMÁTICO.
Jatami disfruta de gran popularidad. El 70% de los iraníes (en la imagen, seguidoras en un acto electoral) le apoya.



FIESTA PRIVADA.
Intramuros (en la foto, reunión privada), las iraníes siguen modos y modas occidentales.

> que los reformistas comprendían. “Pero ni esas generaciones ni el Gobierno”, dijo, “estamos dispuestos a una capitulación ante los valores culturales de Occidente”.

Conversé con Azadegh al lado de un cartel con los itinerarios de los viajes de Ibn Batuta en el siglo XIV, desde Granada hasta China, pasando por Shiraz e Isfahan. Azadegh me informó que tiene 38 años, está divorciada y es madre de un hijo. Fue ella la que –“por desamor”, explicó– inició el procedimiento de divorcio, y cuando me extrañé por el hecho de que lo hubiera conseguido respondió: “Es que mi marido estuvo de acuerdo, porque yo renuncié a la dote económica que establece la ley islámica”. Esta ejecutiva del sector turístico –que comenzaba a emerger al calor de la apertura de Jatamí y volvió a hundirse en un pozo tras el 11 de septiembre– reconoció que como divorciada estaba “mal vista” socialmente. Con ella repasé la situación de las mujeres en Irán.

¿Ventajas de las iraníes con relación a sus congéneres de Arabia Saudí y otros países musulmanes muy reaccionarios? Las iraníes estudian y ya son casi la mitad del alumnado de las universidades; pueden ejercer casi todos los trabajos, incluidos el de policía y bombero, aunque no el de juez, una excepción significativa; pueden votar y ser votadas, y las hay diputadas, ministras y hasta una vicepresidenta, Ebtekar; disponen legalmente de la píldora anticonceptiva, y, por supuesto, salen a la calle y conducen automóviles. ¿Retraso respecto a los países occidentales? No hay enseñanza mixta hasta la universidad, y allí chicas y chicos se sientan separados; las mujeres sólo pueden tomar la iniciativa del divorcio en casos extremos y probados de malos tratos, mientras que los maridos están en condiciones de repudiarlas en cualquier momento y sin motivos concretos; el hombre, en caso de divorcio, se queda de oficio con la custodia de los hijos que ya no toman el pecho; las casadas no pueden viajar al extranjero sin permiso del esposo; no existe el derecho al aborto; las adúlteras son lapidadas en público, y las que son sorprendidas en “conductas inmorales” de menor grado –por ejemplo, sin *hiyab*, bebiendo alcohol o en contacto carnal con el novio– son flageladas en comisaría por los del Comité.

En otra de las paradojas de Irán, muchas de estas discriminaciones son denunciadas por feministas islámicas. Una de ellas, la vicepresidenta Ebtekar, afirma que

“el Corán es un libro para ser interpretado según el tiempo y el lugar”, y, en consecuencia, “el islam debe incorporar a su patrimonio el principio de igualdad de derechos de la mujer”. “Las jóvenes musulmanas con estudios del alba del siglo XXI no tienen nada que ver con las mujeres de Arabia de hace 14 siglos”, dice. Y explica que la mayoría reformista del Parlamento está intentando legislar a favor de la igualdad femenina en asuntos matrimoniales y de familia, pero que los conservadores se oponen a ello con todas sus fuerzas.

A Azadegh le pregunté por la obligatoriedad del *hiyab* y me contestó que combatirlo no es la batalla principal que deben librar las iraníes en estos momentos. “¿Cuál es?”, le pregunté. Y contestó: “El conseguir la igualdad de salarios. Yo misma cobro bastante menos que el vicepresidente varón de esta empresa. Si las mujeres nos hemos incorporado masivamente a la vida laboral es porque trabajamos más y protes-



EN EBULLICIÓN. Los jóvenes protagonizan la revolución de las costumbres. Arriba, representación de ‘Un tranvía llamado deseo’.

tamos y cobramos menos que los hombres”. Muchas otras teheraníes, de hecho la práctica totalidad, me subrayaron también que no les parecía prioritario acabar con el velo. Leyla, mi traductora del farsi al castellano, dijo que lo importante para las jóvenes de su generación, la de los veinte años, es “encontrar empleo, porque hay mucho paro entre los recién licenciados, y el acceso a la vivienda, cuyo precio está por las nubes, lo que retrasa cada vez más la edad del matrimonio”. Y mientras me ofrecía en su estupendo apartamento de Teherán (tiene otro en París) un delicioso almuerzo de *ab gusht* –un potaje tradicional hecho con garbanzos, carne, tomate y especias–, Sonia, una aristócrata cosmopolita, afirmó: “El velo no es lo importante; lo importante es acabar con la pobreza, la droga, los suicidios y el sida”.

¿Pobreza, droga, suicidios y sida en el

Estado teocrático fundado por Jomeini? Sí, reconocen las autoridades. La droga –heroína inyectable procedente de Afganistán y Pakistán– es la principal causa del inquietante crecimiento del sida. Y la pobreza y la desesperación, sobre todo en ambientes rurales, la de un elevado número de suicidios.

Irán no es un país del Tercer Mundo, ni mucho menos. Además de sus productos tradicionales de exportación –alfombras, pistachos y caviar– cuenta con inmensas reservas de gas y petróleo. Estas riquezas, una infraestructura decente y una población bien formada deberían ponerle en pista para el Primer Mundo, observan los agregados comerciales y representantes de empresas europeas en Teherán. Pero no, según esas fuentes, la gestión económica de sus autoridades es bastante mala, y la corrupción, notable. A diferencia de China, Irán no terminará de dar el salto hacia adelante.

Con salarios medios que oscilan entre los 100 y los 250 euros al mes y una inflación exagerada, los iraníes pocas veces se llevan a la olla pedazos de ternera, cordero o pollo; aunque, eso sí, el pan y la leche están subvencionados por el Estado y resultan accesibles. “Mi familia lo está pasando fatal, con mi sueldo no llegamos a fin de mes”, dijo Mehdi, que, pese a trabajar en un buen puesto administrativo en la sucursal iraní de Peugeot, seguía circulando en un coche de esa marca de los años setenta. Conversábamos en la cafetería de mi hotel –nada de bebidas alcohólicas, por supuesto– mientras se escuchaba música de Paco de Lucía, y unos cuantos, pocos, ejecutivos rusos, alemanes y japoneses negociaban con descorbados interlocutores iraníes. Mehdi contó que votó por Jatamí en 1997 y 2001 por sus promesas de “cambio económico”. “Pero ahora”, suspiró, “estoy bastante decepcionado”.

La era Jatamí arrancó con grandes esperanzas y ahora parece haber entrado en fase de estancamiento y hasta retroceso. También en el terreno de la apertura a las inversiones extranjeras. Miguel Ángel Hurtado, gerente en Irán de Foster Wheeler Iberia, me explicó que muchas empresas europeas querían incrementar su presencia en Irán, pero, pese a todos los buenos deseos de Jatamí y su equipo, se siguen enfrentando a “enormes complicaciones burocráticas y un cierto clima de desconfianza respecto a lo extranjero”. Algunos de los obstáculos afectan directa-

mente a los ejecutivos europeos aquí presentes, como unos impuestos descomunales sobre la renta y la exigencia de tener que obtener visado de salida cada vez que se quiere abandonar el país, una especie de secuestro legal. “En esas circunstancias”, dijo Hurtado, “el propio Irán se priva de los capitales que necesita para pasar a una velocidad superior”.

Lo interesante es que pocos me hablaron mal de Jatamí. Casi todo el mundo considera que hace lo que puede, lo que es poco dado el cerco al que le someten los clérigos conservadores. “Voté a Jatamí porque creía que iba a ser nuestro Gorbachov, pero no le dejan, está maniatado”, lamentó Yunes, el pintor. Yunes mencionó ahí la bicha: Gorbachov. Como el último presidente soviético, el reformista Jatamí desearía abrir política, cultural y económicamente la sociedad iraní, pero siempre dentro del marco del régimen, en este caso el islámico fundado por Jomeini en 1979. Jatamí no quiere la ruptura, sino la reforma dentro del sistema. Pero el ejemplo de la última fase de la Unión Soviética pone la carne de gallina a los *mulás* y ayatolás

ción y Orientación Islámica, por sus sentimientos sobre la caída del régimen integrista afgano. “Si estuviéramos en tierra de talibanes, usted no me podría ver el rostro”, respondió. “Como musulmana, no lamento su suerte”. El régimen, y en eso estaban de acuerdo conservadores y reformistas, consideraba que los talibanes habían ofrecido “una versión retrógrada y negativa” del islam, y denunciaba que había sido promovida inicialmente por los aliados de Estados Unidos en la zona: Arabia Saudí y Pakistán. Y los ciudadanos, como Azadegh, la vicepresidenta de la empresa turística, tenían a los seguidores del tuerto *mulá* Omar como “unos bárbaros sin educación”.

“No es suficiente que nuestro régimen sea mejor que el talibán; Jatamí tiene que cumplir sus promesas de cambio”, me dijo Reza Zarean, un joven ingeniero que sólo había encontrado trabajo –“y he tenido suerte”– como vendedor en una tienda de productos informáticos del Golestan Commercial Center. La tienda no estaba mal surtida: tenía mercancía reciente de procedencia europea y asiática, y hasta

mesa y conversar tomando un té, un zumo o un refresco embotellado. Como aquí no hay nada semejante a los bares de copas o las discotecas de Occidente, estos pequeños cafés se han convertido en unos auténticos espacios de libertad para los jóvenes.

Otro es la avenida Yordan –los teheraníes siguen llamando con su antiguo nombre a la ahora denominada avenida África–, que se convierte los jueves por la noche y durante la jornada del viernes –el fin de semana iraní– en un hervidero de chicos y chicas en automóvil que se intercambian mensajes con los intermitentes y, si la cosa cuaja, números de teléfono en papelititos. “Muchos iraníes de uno y otro sexo llegan vírgenes al matrimonio”, dice Sonia, la aristócrata con apartamentos en Teherán y París. Y es que lo difícil es lo contrario. En Irán no suele haber matrimonios impuestos, pero los jóvenes no tienen demasiadas buenas ocasiones para encontrar sus medias naranjas, y sobre todo relacionarse con ellas antes del casorio. Suelen conocerse en universidades, trabajos o fiestas privadas, o en el trasiego de la avenida Yordan; pero si se enamoran tienen prohibido tocarse, y aún más hacer el amor; hasta el casamiento. Primavera marcha, pero primavera a la postre, Teherán ofrecía en el tránsito al año 2002 una posibilidad cultural insólita en las últimas dos décadas: el espectáculo *Un hombre libre y solitario*, escrito y puesto en escena por Pari Saberi. Conocí a Pari en la fiesta del *beaujolais nouveau* –es una mujer de mediana edad y rebosante de energía y buen humor– y me invitó a ver su obra. “Está basada”, dijo, “en la vida del gran poeta sufí Hafez y me ha llevado cinco años de trabajo”. Así que una noche vi la pieza en el teatro Wahdat, abarrotado de público de todos los sexos y edades –“hay sed de cultura”, me había advertido Pari–, y casi tuve una experiencia mística. No entendí una sola palabra de los diálogos y las canciones en farsi, pero la música, los bailes, los decorados, los efectos especiales y las interpretaciones eran sublimes. Aquél era el Irán delicado del amor, las rosas y el misticismo de Omar Jayam, Maulana y Hafez.

Al terminar la representación, con atronadores aplausos de un público puesto en pie, fui a felicitar a Pari Saberi. Sonrió alegremente cuando le dije que su espectáculo me había encantado. “¿Te has fijado en que las mujeres cantan y bailan en la obra?”, me preguntó. “Sí, claro”, respondí. “Pues es la primera vez que lo hacen en público desde el triunfo de la revolución islámica; el permiso para hacerlo me costó meses de negociaciones con la censura”, explicó la autora con un brillo juvenil en los ojos. Bueno, era otra brecha abierta en el muro. ●

Muchos creen que Jatamí hace lo que puede: poco, dado el cerco de los clérigos conservadores

tradicionalistas que lidera el guía Jameini. Precisamente lo que ese sector no desea es que Jatamí sea Gorbachov y termine enterrando el régimen.

“Bill Clinton afirma que Irán es una democracia”, tituló con euforia el diario en inglés *Iran News* en uno de los últimos días de mi estancia en Teherán. En efecto, el ex presidente estadounidense había efectuado unos comentarios positivos para el proceso reformista, con el que ya cuando estaba en la Casa Blanca había propuesto establecer relaciones “humanas y culturales”, aunque todavía no políticas y diplomáticas. Como Jatamí enarbolaba la idea del “diálogo de civilizaciones”, se había iniciado un cierto intercambio deportivo, universitario y turístico entre ambos países. Sin embargo, Washington y Teherán no habían recorrido mucho más camino a finales de 2001. Y ello pese a que en Irán no había nadie obstaculizando en absoluto la campaña militar estadounidense en Afganistán.

Nadie derramaba en Teherán la menor lágrima por los talibanes. En el primer día de mi estancia le pregunté a la señora Egbali, portavoz del Ministerio de Informa-

algunas cosas norteamericanas. “Sorteamos el embargo de Estados Unidos”, explicó Reza, “comprando sus productos en países vecinos como Turquía y Dubai”.

Las tiendas de Irán no ofrecen el desolador aspecto de las de Cuba en el Período Especial de Fidel Castro. En el centro Golestan se vendían no sólo estupendas alfombras de Tabriz e Isfahan, sino ropas de Armani, gafas de sol de Vogue, videos de Walt Disney, muñecas Barbie sin velo y CD-Rom de Harry Potter. Los iraníes siempre han sido buenos mercaderes, y el islam jamás ha tenido nada en contra del comercio, sino todo lo contrario. El problema es que los clientes potenciales de estos productos, los jóvenes y las familias de clase media, no tienen con qué comprarlos.

A la entrada del Café de France, como en la totalidad de los establecimientos públicos, hay una pegatina con la imagen de una señora cubierta con chador y la advertencia de que no se permite la entrada a mujeres que no lleven el “traje islámico”. ¡Como si hubiera otra alternativa! En fin, lo cierto es que éste es uno de los locales surgidos en los últimos años al calor de la apertura de Jatamí donde chicos y chicas pueden sentarse juntos en una misma